

*no conozco el valor del dinero. ¡Lo sé!
Que ando, nefelibata, por las nubes... Entiendo.
Que no soy hombre práctico en mi vida... ¡Estupendo!*

Y después de hacer fe de sensualismo, se queja así:

*¿Saben esos
que tal dicen, lo amargo del jugo de mis sesos,
del sudor de mi alma, de mi sangre y mi tinta...?*

En otro momento del poema, contemplando el tiempo, la vida, irreversibles, abre así sus entrañas:

*¿Por qué mi vida errante no me trajo a estas sanas
costas antes de que las prematuras canas
de alma y cabeza hicieran en mí la mezclanza
formada de tristeza, de vida y esperanza?
¡Oh, qué buen mallorquín me sentiría ahora!
¡Oh, cómo gustaría sal de mar, miel de aurora,
al sentir como un caracol en mi cráneo
el divino y eterno rumor mediterráneo!*

De la turbulencia interior de Darío—un impulso que asume y lleva a la catástrofe, viéndolo sin poder remediarlo, falta de voluntad—nos habla en el poema «La cartuja», que incorpora a su libro *Poema del otoño*, 1910:

*¡Ah!, fuera yo de esos que Dios quería,
y que Dios quiere cuando así le place,
dichosos ante el temeroso día
de losa fría y ¡Requiescat in pace!*

*Poder matar el orgullo perverso
y el palpitante de la carne maligna,
todo por Dios, delante el Universo,
con corazón que sufre y se resigna.*

*Sentir la unción de la divina mano,
ver florecer de eterna luz mi anhelo,
y oír como un Pitágoras cristiano
la música teológica del cielo.*

*Y al fauno que hay en mí darle la ciencia
que al Ángel hace estremecer las alas.
Por la oración y por la penitencia
poner en fuga a las diablesas malas.*

*Darme otros ojos, no estos ojos vivos
que gozan en mirar, como los ojos
de los sátiros locos medio-chivos,
redondeces de nieve y labios rojos.*

*Darme otra boca en que queden impresos
los ardientes carbones del asceta,
y no esta boca en que vinos y besos
aumentan gulas de hombre y de poeta.*

*Darme unas manos de disciplinante
que me dejen el lomo ensangrentado,
y no estas manos líbricas de amante
que acarician las pomas del pecado.*

*Darme una sangre que me deje llenas
las venas de quietud y en paz los sesos,
y no esta sangre que hace arder las venas,
vibrar los nervios y crujir los huesos.*

El poema termina con este hondo suspiro subrayado por admiraciones, sin tener idea de lo que pasará—desarraigado, sin lazos verdaderos—a la vuelta del minuto siguiente, no ya del día de mañana:

*¡Y quedar libre de maldad y engaño,
y sentir una mano que me empuja
a la cueva que acoge al ermitaño,
o al silencio y la paz de la Cartuja!*

Mas bajemos del dolor que no lo parece por milagro de la poesía, disimulado el grito en música, la suciedad visceral en metáfora, sublimada la realidad, des-realizándola para el lector romo a quien el encanto escamotea la tragedia. Rubén decía a Julio Piquet en la carta anunciada:

Yo contaba, para poder rehacer mi vida, con la hacedera separación. No obstante, siento ya lo triste de mi soledad, después de catorce años de vivir acompañado. Hasta con los animales se habitúa uno. Y luego, cuando hay afecto y lástima...

¡Qué diferencia de tono—y de verdad—entre estas palabras y las de Maragall o las de Unamuno! ¡Pobre Rubén y pobre Francisca Sánchez! ¿Después de esto, retórica los versos de los grandes poetas, palabras, palabras, palabras? Es posible—y es seguro—que en el poema se categorice la anécdota para universalizarla y *no ser obsceno*—para el prójimo frívolo o coriáceo caso de estadística las cosas de hombres y mujeres cuando no son propias y nublan o borran el mundo, lágrimas o locura—. Mas debajo de las imágenes coruscantes se desangran los hombres de carne y hueso o la poesía se queda en mera literatura despreciable. Los poetas—ya lo sé: peor para ellos—sangran y se duelen de ver y de clamar en el desierto, sin poder compartir una riqueza: hablan y no hay oídos, o el idioma

significa distinta y contrariamente. No todo es particular en las raíces del poema—en el común denominador humano—, en esa claridad enclaustrada que es la poesía, energía instintiva, oscura, que se explicita en el verso y se hace trascendente, va del uno al otro en ese transver y antever que se criaturiza en el poema.

Y el desdichoso Rubén—más desvalido por más en carne viva de sensibilidad y conciencia que las gentes normales, «vulgo municipal y espeso», defendidas por cegueras y falta de necesidades—, dice aún con mayor desolación:

El estado moral o cerebral mío es tal que me veo en una soledad abrumadora sobre el mundo. Todo el mundo tiene una patria, una familia, un pariente, algo que le toque de cerca y le consuele. Yo, nada. Tenía esa pobre mujer—y mi vida, por culpa mía, de ella, de la suerte, era un infierno—. Y ahora la soledad. Apenas el trabajo logra por momentos quitarme la dura preocupación. (*Epistolario I*, páginas 77-78. Vol. XIII, *Obras completas*. Madrid, 1926.)

En estas desgarraduras rubenianas hay muchos datos para ahondar en el ser recóndito de un hombre—¿quién que es no es lamento? parodiamos—, de sus reacciones y de sus obras. (¡Ese trabajo como cura, huida a la desesperación!). Y concluye así Rubén, con este sordo desconuelo, ronco decir de hermano lobo—no precisamente de autor de cisnerías, princeserías y aristocraterías—, que sacado del contexto podía ser un aullido unamuniano: «¡Mi misma fe es tan a tientas!».

La mujer de la carta a Piquet era Francisca Sánchez, serrana abulense de Gredos, nacida en Navalsauz en 1875, ocho años después que Rubén. Murió en Madrid el día 6 de agosto de 1963, a los ochenta y ocho años de edad, en el Hospital de San Juan de Dios, de cáncer facial. (Rubén falleció el 6 de febrero de 1916, en León, Nicaragua.)

A Francisca le llamaban en su pueblo *La cónsula*, porque se había mitificado el rango diplomático del genial poeta. Yo estuve en Navalsauz en el verano de 1957, tras las huellas de Rubén. En mi libro *Poemas de andar España*—perdón por autocitarme—se registra el hecho. Nos encontramos a Francisca Sánchez casi ahechando trigo, como Sancho mintió piadosamente haber visto a Dulcinea. Entonces era la viuda de Villacastín y decía *don Rubén* constantemente, llorosa y suspirante. Nos trató con mucha cortesía y nos habló del baúl con cartas y papeles del poeta, que vimos por fuera.

Quien escribió las trágicas palabras de la carta a Piquet cantó así a Francisca Sánchez en un poema fechado en París en 21 de febrero de 1914, el desastroso año que trajo la primera guerra mundial:

*Ajena al dolo y al sentir artero,
llena de la ilusión que da la fe,
lazarillo de Dios en mi sendero,
Francisca Sánchez, acompáñame...*

*En mi pensar de duelo y de martirio,
casi inconsciente me pusiste miel,
multiplicaste pétalos de lirio
y refrescaste la hoja de laurel.*

*Ser cuidadosa del dolor supiste
y elevar el amor sin comprender;
enciendes luz en las horas del triste,
pones pasión donde no puede haber.*

*Seguramente Dios te ha conducido
para regar el árbol de mi fe;
hacia la fuente de noche y olvido,
Francisca Sánchez, acompáñame...*

Como en un verso memorable del propio Rubén, «Toda exégesis en este caso eludo». Y más aún cualquier fiscalización montada sobre apriorismos morales. La verdad es que los versos copiados son eternos y limpios, que magnifican al poeta y a la mujer, que si no le entendió, le tuvo fidelidades de esclava porque, al menos en algún tiempo, poseyó el don de temor del amado. Francisca Sánchez tuvo intuición de la grandeza de aquel hombre que la deslumbró, aunque la acibarase la vida antes y después de su convivencia, menos poética de lo que dicen los versos a una primera lectura que no quiere abrir el vientre a las palabras. En aquella unión, si Rubén puso el genio —que no le costó nada, aunque supo merecerle con trabajos—, Francisca aportó la paciencia, la fortaleza natural, la juventud limpia y sana, el heroísmo que da el vivir como ella lo hizo en una sociedad hipócrita regida por formalidades —y compensaciones económicas de la honra—, no por dación amorosa.

Rubén era un poeta enorme, pero debió de resultar un insufrible marido, escocedor amante. Creemos, a pesar del drama de la incompatibilidad luego de la copulación, tan animal sin otra finalidad que satisfacer la carne, que puso más en la balanza Francisca, mujer española de principios de siglo —analfabeta al principio, de origen humildísimo, para que no se la creyese más negociante que enamorada—, en

un país donde el deshonor de la mujer —estimaciones fisiológicas— es el triunfo del macho: la honra es más dato físico que conducta y obras. El era un hombre superior y había que perdonárselo todo: hoy por ti mañana por mí. Los que adulteran y dictan la moral del prójimo —la que no practican—, condenan a la mujer que dio a Rubén los únicos momentos de paz y hogar —y otro hijo que le sobrevivió— tenidos por aquel niño ciego, inerme, incapaz de valerse por sí mismo en el mundo normal, sin autodomínio de sí en la tormenta de los apetitos sensuales. La vida es muy dura para algunos, demasiado larga para no mancharse, a veces para que no nos manchen: ¿hay una resistencia y fatiga de la moral, fenómeno que también se da hasta en los metales?

Siempre quedará Francisca Sánchez, la campesina de Navalsauz, coronada por ese poema verdadero que se le cayó, maduro de agradecimiento, si no de amor, a Rubén. Y, sobre todo, como *ajena al dolor y al sentir artero*, enamorada, fascinada, mujer capaz de *condenarse* en ambos mundos por oír el corazón, pues la cultura no le valía (1).

No se olvide, al valorar vidas y conductas —también en ética como en Derecho, *in dubio pro reo*—, que el poema escrito prevalece y mana gloria en los casos mejores, mientras el milagro diario del orden, el mantenimiento habitable de la casa —el refugio de cada día—, el esfuerzo cotidiano desaparece todas las noches y hay que renovarle mañana tras mañana. La compra, la comida, la limpieza, hechas por manos amorosas, no mercenarias, que se toman o se dejan a capricho, son tareas fundamentales y desagradecidas. (Sin contar sacrificios de otra índole e intimidad, en las que puede condescenderse violentamente más que coincidir o concordar.) Pero fuera de ese orden y habitabilidad —genialidad femenina— tan difícil y costoso de mantener con alegría y como si nada, no hay sino confusión y cochambre, descabalamiento y desarraigo. Y para el hombre sensible y dedicado a

(1) Rubén se casó por primera vez con la salvadoreña Rafaela Contreras, en 1890, a los veintitrés años de él. En ella tuvo un hijo, Rubén Darío Contreras. Rafaela es la *Stella* de los versos rubenianos, muerta en 1893, el mismo año en que contrae segundas nupcias con Rosario Emelina Murillo, nicaragüense, la *garza morena*, como la llamó Darío. En 1901 se le murió a Rubén Darío una hija natural, nacida de sus relaciones con Francisca Sánchez. En 1904 falleció otro hijo de la anormal situación jurídica: el llamado Phocas por su padre en uno de los poemas que honran la lírica universal. En 1908 nace un tercer hijo de la pareja Francisca-Rubén: Rubén Darío Sánchez. Con Francisca Sánchez vivió Darío catorce años, en los que no vamos a hurgar ahora. Muy poco tiempo convivió con la dulce Rafaela, que hubiese ordenado y tal vez puesto a salvo su salud física y quizá agrandado su vuelo poético. Con Rosario Murillo —su primer amor— apenas tuvo relación convivencial y de casados. No se habían visto desde su matrimonio —tan controvertido— hasta que llegó, resaca de Europa, a morir a las playas originales. Dejemos sin tocar el problema de los diversos testamentos darianos, tan esclarecedor por otra parte.

la meditación, el contorno se torna caos, selva pavorosa, lo que no entendemos bien hasta no pasar por la cárcel injusta o por la guerra. (Claro que sólo el dolor injusto—el inocente, no el nacido de culpa—es formativo: el dolor que no deshonra, el que viene de fuera sin haberle provocado.)

El mundo sigue y el hombre tiene futuro merced al milagro permanente de las madres, de las mujeres dignas de ese nombre, cualesquiera sean los papeles o la falta de ellos que las presenten. ¡Pobre amor el que necesita protección legal, aunque también desdichado el que pudiendo no se atreve a presentarse a la comunidad! Lo demás es retórica de los bien avenidos con la fortuna, dama poco recomendable: hipocresía de las formas, fuerza que silencia, y que si puede engañar a los hombres, no pasará como buena doctrina a los ojos de Dios. La ley no crea el amor, aunque lo santifique ante la sociedad. (No se olvide que los ministros del sacramento, en el matrimonio católico, son los contrayentes, y el sacerdote un testigo de excepción. Todos los asuntos humanos se perfeccionan por el libre consentimiento. ¿Hasta cuándo se consiente, cómo se consiente, para qué se consiente?)

Salvo las excepciones, siguen teniendo validez las palabras—sí, don Sem Tob: la verdad es la verdad aunque judío la diga—de Cicerón, hombre de mejor prosa que conducta, quien magnificado por la filología no puede ser tan bien recibido por la moral: todos somos siervos—servidores—de la ley y por eso podemos ser libres. Sólo hay libertad en el acatamiento a las normas. (Que no son coacción impuesta por la fuerza, sino la seguridad que da el conocimiento.)

En el silencio congojoso, en la dolorida perplejidad de los tiempos, sonarán siempre—chorro de agua limpia— versos que tal vez sean la última luz y voluntad de un corazón anubarrado:

*Ajena al dolo y al sentir artero,
llena de la ilusión que da la fe,
lazarillo de Dios en mi sendero,
Francisca Sánchez, acompáñame...*

RAMÓN DE GARCÍASOL
Cristóbal Bordiú, 29
MADRID